

preceder del sonido de la trompeta. Acuérdate de Ettenheim y de las célebres asechanzas; espera el día señalado, imita a Chéréas que sale de las tinieblas solo, mudo y enmascarado... La prudencia nos conduce al fin que deseamos, cuando escuchamos sus consejos. Anda, pues, envuelto en las sombras.»

Bien está; dejo para los que quieren vivir mucho tiempo esa virtud tan cobarde.

Jersey, agosto de 1853.

XIII

A JUVENAL

I

Volvamos a la escuela, mi querido Juvenal. Ven, hombre de marfil y de oro, baja del tribunal, desde donde has hecho resonar tus versos inimitables por espacio de dos mil años. Tengo que comunicarte cosas asombrosas. Ten entendido que, según dice Riancey, cuando ha pasado algún tiempo por encima de la sangre, al cabo de un año o dos, el asesinato ya no es asesinato y el robo ya no es robo; nos afirma también el señor Veuillot, que tiene algo de Ignacio y de Auriol, que cuando la hora ha dado la vuelta en el reloj—lo que hace el elogio de nuestro entendimiento,—con tal que en Nuestra Señora se quemase incienso y que el suscriptor lea cierta clase de periódicos muy bien pensados, sale alegre de su sudario, ayudado por M. Fould, lavado por jueces y acicalado por hermosas, rodeado de creyentes y de apóstoles, a despecho de nosotros, ilusos y poetas, el mal que adquiere de pronto la forma y la figura del bien.

II

Es el apoyo del orden, es buen católico y afirma la prosperidad pública. La traición se viste de general francés; el arzobispo, deslumbrado, bendice al dios Exito, y lo que ayer fué crimen, hoy es hazaña. El perpunte de la probidad se vuelve del revés y punto concluido. La virtud se manda retirar y el honor es ya un viejo loco que debemos atar dentro de una mazmorra. Ilustre pensador, procuremos que esa nueva moral penetre en nuestros duros cerebros. Sabe que la emboscada, que nos hace triunfar, es justa, honrada y legítima, y que al revés que sucede a las mujeres sucede a los Estados; que cuando el crimen se hace viejo, se herosea, y se convierte en cisne el que antes era cuervo. Todo cadáver útil exhala olor de ámbar. ¿Quién habla ya en junio de los crímenes de diciembre? Ha llovido ya mucho desde entonces. La cuestión queda reducida a lo siguiente: el hilo, el tisú, el algodón y el azúcar prosperan, y el tiempo todo lo borra. El perjurio y la traición, en cuando pasan los años, tienen la propiedad de perder la deformidad y la bajeza, y el siniestro asesinato, manchado de fango, cambia su faz de espectro en cara de ángel.

III

Como al mismo tiempo, en ese trabajo normal, la virtud se convierte en falta y el bien en vicio, has de saber que cuando Saturno hace correr el tiempo Nerón es un salvador y Espartaco es un bandido. En vano se oponen la razón y la justicia, hablándonos a todos los oídos; debemos dejarlas que murmuren, como a dos viejas, sin hacerlas

caso. Narciso gacetero apedrea a Scé-hecho dueñas en los tiempos modernos vola. Tenemos que acostumbrarnos a las gentes de su calaña, que declaran ese nuevo modo de ver las cosas, a ver a la luz de los pálidos fulgores de las a Malesherbe mirando a Delangle y a velas de la sacristía que Juana de Arco proclamar que Lebóeuf es grande y Persil hermoso, y a dejar el pudor en el fondo del lavabo.

IV

Lo bueno, lo seguro, lo verdadero es el oro que está encerrado en nuestra caja. Es extravagante el hombre que, cuando todo se desquicia, protesta sólo ante una nación y se atreve a manifestarse indignado. Es necesario vivir como todo el mundo y no obstinarse en que exista lo que ha desaparecido. Todo muere aquí abajo, el águila como el gusano; mi levita está agujereada por los codos, mis zapatos sin tacones, mi sombrero viejo; ¿y queréis que la verdad abrigue la pretensión, rara y extravagante, de ser eterna, de no mojar-se cuando llueve, de ser hermosa siempre, de reinar siendo pobre y de no morir cuando se le retuerce el pescuezo?... Ciudadanos, forzoso es resignarse a la verdad de los hechos.

V

Sobre esto los charlatanes predicán a su auditorio de idiotas, soplones, estafadores, filisteos. La Bolsa se ríe; el alza ofrece a los balances prismas ilusorios y la melíflua hipocresía prorrumpe en aforismos. Ganan mucho y están muy contentos. Estas son, mi querido Juvenal, las máximas de estos tiempos. Un subdiácono, encerrado en no sé qué tabuco, se encontró estas verdades bariendo en Montrouge, y las aprovechó tan hábilmente, que con ellas se han

hecho dueñas en los tiempos modernos a la luz de los pálidos fulgores de las velas de la sacristía que Juana de Arco es una cortesana y Mesalina una virgen. Esto es lo que demuestran los curas, los obispos y los talapuinicos en tres puntos, en nombre del Dios vivo, y lo que el ratero que me limpia el bolsillo prueba por A más B, es decir, por Argout más Baroche.

VI

¿No tenemos, maestro, motivo para indignarnos? ¿Pero de qué nos servirá? Estamos acostumbrados los pensadores a contemplar menos a los grandes hombres enanos; lo mismo tú, que eres satírico, que yo, que soy tribuno, miramos muy alto, y por eso los hombres vulgares dicen que esta es nuestra enfermedad. Huímos de encontrarnos con tontos y con perversos. Cuando Dombidau enseña la calva y Fould adelanta la barba, prefiero ver a Jacobo Coeur y tú prefieres ver a Catón; la gloria de los héroes y de los sabios que Dios creó es una visión eterna y sagrada, y deslumbrados, contemplando el espacio, pasamos la vida viendo resplandecer en el éter puro a los gigantes, a los pensadores o a los capitanes, mirando entre el ruido de los lejanos clarines y sobre el mundo en que reinan aún las sombras, mezclando con los rayos sus vapores pretales de oro, infinidad de carros que vuelan por las nubes; porque hiere y ofende nuestra vista el enjambre de pícaros y de ramerías que revolotea en torno nuestro, haciéndonos bajar los ojos pensativos.

Pero reflexionemos y no seamos tan exclusivistas. Yo aborrezco los corazo-

nes abyectos y tú desconfías de ellos ; dejémoslos que vivan en su paz filosófica.

Dejando esto aparte, ¿podemos realmente censurar el instinto y el temperamento? ¿No debemos acomodarnos a la naturaleza de los seres? Las cloacas tienen sus amantes y la basura sus sacerdotes ; donde uno se encuentra mal, otro se halla muy a gusto : esto lo corrobora Minos y también Eaque ; ¿no es el cieno el paraíso del cerdo? Vamos a ver, dime, genio áspero y sutil, ¿qué nos importa y en qué nos afecta que el hombre del juramento haya derramado tanta sangre, ni que haya obispos que le canten el *Aleluya*, ni que Saint-Arnaud bendiga la mano que le paga, ni que haya propietarios que le enaltezcan, ni que haya estómagos agradecidos? Cuando Francia vacila conmovida por los huracanes de las traiciones, ¿debemos sorprendernos de que Parnieu vaya a comer bellotas bajo la gran encina, de que el agua corra hacia el Sena, de que Troplong sea Scapín y que Dupín sea Dupín?

VIII

Es antigua la propensión humana a la torpeza. La ignominia es un sitio, es un centro, es una costumbre, es un techo, es una almohada, es una cama tibia y blanda, es una buena capa que abriga cuando conviene ; la ignominia es el elemento en que respiran los seres inmundos. No debe sorprendernos que en ambos mundos las víctimas hagan coro a los ganapanes y los necios celebren las emboscadas, porque éstas son las leyes de la madre naturaleza ; esta

es de la antigua inclinación la aventura eterna ; cada ser se complace en las monstruosidades que halagan sus instintos. ¿Por qué sorprenderse de ese crimen? ¿No hay muchos que le admiran? ¿Se han extinguido acaso seres viles y rastreros? ¿No existen ya chales ni serpientes? ¿No quedan ya asnos en la tierra? Cuando Ciro, Aníbal y César montaban en pelo el temible caballo que se llama Gloria, cuando alados y ebrios con el júbilo del triunfo pasaban radiantes por el horizonte enrojecido, las águilas les decían :—«Sois nuestros semejantes ; lanzáis el rayo.» Actualmente los cuervos aclaman a Lacenaire. Encuentro justo que suceda así ; aplaudo a los cuervos y les quedo agradecido ; si la necedad se mezcla en el siniestro concierto, mejor que mejor. En sus periódicos no falta, mi querido Juvenal, quien declara, lo mismo que los señores Arras y Beauvais, que Mandrín es la bondad misma, y que pisotea a los héroes y ensalza a los infames ; esto se comprende, y seríamos excesivamente cándidos de maravillarnos al oír que los Veuillots prefieren los caridos a los laureles.

IX

Dejemos, pues, que grite la conciencia humana, como perro que ladra esforzándose por romper su cadena. ¡Guerra a los justos proscriptos ! ¡Gloria a los bribones triunfantes ! No pongamos cara refunfuñada a estas realidades y aceptemos el único y verdadero imperio. Saludemos jubilosos al condestable Trestaillón, al limosnero mayor Mingrat y al gran elector Bosco, y no nos molestemos si un retórico, un senador, un santurrón, un sofista, después de haber cantado las grandezas del César,

insulta a los proscriptos lanzados a las soledades, a los bandoleros que venció Tiberio Anfitrión. Comprenderás, ilustrado poeta, que todo eso es timbre de gloria para su talento de histrión, que quizá es el arte de adular más exquisito ; y que se halaga menos a Enrique VIII, el buen rey, alabándole, que zahiriendo a Morus : los dictadores de talento, que están cansados de elogios crudos, están ávidos en medio de su gloria y de su arrogancia de estos refinamientos y de estas elegancias. Así son los déspotas, genio cáustico. El poder y los honores son más agradables cuando abren una ventana que cae sobre el cadalso del justo. El condimento más sabroso de la felicidad de los tiranos lo constituyen los desterrados que lloran a la orilla desierta del mar, los sabios torturados y los mártires agonizantes. Juvenal, antiguo león clásico, nuestro vino de Champagne y tu vino de Masisco, los festines, los palacios y el lujo desenfundado, la adhesión del sacerdote y el amor de Friné, los triunfos, el orgullo, los obsequios, los halagos, todas las voluptuosidades y todas las embriagueces que saboreaba Seyano y que regalaban a Rufino, son más agradables al paladar, tienen sabor más delicado para el que no es imbécil en la copa en que ayer Sócrates bebió la cicuta.

Jersey, noviembre de 1852.

XIV

FLOREAL

Cuando vuelven los hermosos días del verde Floreal en los que mueren los Dantón traicionados por los Réal ; cuando el ganado se agita en el fondo del establo ; cuando el manantial de agua

se convierte en brillante pedrería a los rayos del sol ; cuando la modista, sentada con la aguja en la mano, suspira contemplando el camino que quisiera tomar para ir a coger flores en vez de coser ; cuando los pájaros cantan el amor en sus nidos ; cuando el manzano se empolva como un marqués para ir al baile ; cuando, despertados por el mes de mayo, Carlos XII y Aníbal dicen :—«Ya es hora», y hacen rodar hacia los sangrientos tumultos, el primero los cañones y el segundo las catapultas, yo exclamé :—«Salve, ¡oh sol !» Oigo entre las flores a los alegres jilgueros y a los mirlos ; el árbol canta ; me entrego a la primavera que redobla la vida. Todo brilla, y el cielo, cobijando al hombre encantado, le tiende su vasta mirada llena de serenidad. Entonces la hierba me invita y el prado me convida ; entonces absuelvo a la suerte, perdono la vida y me digo a mí mismo :—«En el mundo sólo debíamos amar.» Siento en mí, como en el exterior, que todo se anima, y hablo así a las aves :—«Pobres pajarillos, ni siquiera me conocéis ; voláis al azar por los campos, por los bosques, por las praderas y por los sembrados, mezclándoos con los chorlitos, con los gorriones y con los aguza-nieves, levantando vuestra cabeza de colores, puliendo vuestras plumas azules, y aunque sois preciosos, sois muy cándidos, y cantáis en los aires sin saber por qué ; pero me inundáis de emociones sagradas, y cuando os oigo cantar en la enramada, se abren mis alas, se rejuvenece mi corazón, que aspira un amor sin límites, y se llena del infinito.» Entonces doy rienda suelta a mi imaginación. En esos momentos, tú lo sabes, Juvenal, saco distraídamente un periódico de mi bolsillo, y mis ojos, que contemplaban a los cielos, tropie-

hace sonar sus espuelas, una corte en cuyo trono pudiera sentarse el rey de Tunia, una Bolsa en la que se crean fortunas en ocho días, floristas que arrojan ramilletes a los soldados, sacerdotes, jueces, lacayos, que bailan sobre sacos de oro una danza macabra; la banca postrada de hinojos arengando al sable, pirámides de balas apiladas en los arsenales, Senado, sermones a falta de periódicos, generales con dorados brillantes, un París que se restaura por completo, coches tirados por ocho caballos, que entran con estruendo en el Louvre; fiestas todos los días, bailes todas las noches, iluminaciones, juegos y espectáculos; en una palabra, te has prostituido a ese hombre miserable.

Todas tus conquistas te cayeron de las manos: se dice ya «los antiguos franceses», como se dice «los antiguos romanos», y esto hace enrojecer de vergüenza a tus hijos actuales; el mundo se complacía con tu gloria, y te pide cuentas de ella, porque le era muy grato que le despertara el sonido de tus clarines; contemplas con miradas estúpidas a ese Nerón rodeado de sus Romieux, disfrazados de Sénecas; escuchas complacido los cantos de esa colección de obispos, que mientras el César pasa revista a su harén, entonan el *Salvum fac imperatorem* (por la de bribón debieran substituir esta última frase).

—Tu alma se queda humilde, como un perro bajo el pie que le aplasta; tu Noventa y Tres recibe a cada momento latigazos del expatriado que ayer era ludibrio de Europa. Dilapidas tus propios recuerdos y la Marsellesa se ha helado en tus labios. Tu Campo de Marte sufre la presencia de vencedores repugnantes, de esos Maupas, Fortouls, Bertrands, Magnáns, esos matones que

llevan el tricornio de través; ya Kortá y a Carrelet y a Canrobert Macaire. Ya no eres nada; ni siquiera recuerdas en tu lúgubre olvido qué nación derribó la Bastilla. Todos los domingos vas a la Courtille, riendo, a saltar, a beber, perdido ya todo sentido moral, como una prostituta ebria, a echarte en brazos de un cabo, que te abofetea. Y al regresar por el bulevar sombrío, donde los cadáveres reunieron tantos cuervos.

Está bien; rebájate más aún; esto me regocija, porque nos promete un gran desquite; porque tú, Francia, ascenderás tanto en grandeza cuanto más te rebajes ahora. El porvenir necesita de gigantesco esfuerzo. Entretanto arrastra el horrible carro de ese sátiro ebrio, tú, que has conducido las cuadradas de las victorias, que yo te aplaudo. Estás condenada a realizar profugios, y el mundo te verá salir de repente cuando llegue la hora y alcanzar un desquite proporcionado a la abyección, y saldrás, patria mía, cambiando bruscamente de forma con extraordinario arranque, porque tal es la ley del progreso humano. Retrocede, pues descendiendo, cae, besa los pies de tu señor y de sus criados; besa a Troplong, lamé a Baroche; desciende más, que ya acerca el día; desciende más, que ya se aproxima la hora.

Esto me regocija, porque abrigo fe en tu porvenir, que comprendo que ha de llegar el instante en que digas con firmeza: —«¡Basta!» Todo pasa a través de ti como al través de una criba pero te despertarás muy pronto, pálido y terrible, y súbitamente serás soberbio. Del imperio abyecto sacudiéndose el cieno, deslumbrará el mundo; las diademas de oro se derri-

rán en la frente de los reyes, y el Papa, arrancándose la tiara y arrojando el pectoral, se esconderá temblando bajo el púlpito, y Themis, con los brazos llenos de sangre, huirá durante la noche y se ocultará en las tinieblas; los ojos de la

humanidad se llenarán de luz; todos los oprimidos, levantando la frente, se verán vencedores, libres y radiantes en cuanto vean que sacudes tu ignominia a los cuatro vientos del espacio.

Jersey, septiembre de 1853.

LIBRO SEPTIMO

LOS SALVADORES SERÁN VENCIDOS

I

Sonad, sonad siempre, clarines del pensamiento.

Cuando Josué, visionario, con la vista fija en el cielo, seguido por los suyos, caminaba, y como irritado profeta hacía sonar el clarín en torno de la ciudad, el primer toque hizo reír al rey; el segundo, sin dejar de reír, le obligó a preguntarle: —«¿Crees derribar mi ciudad con el soplo de ese instrumento?» Cuando sonó el tercer toque, el Arca iba delante; después las trompetas, luego todo el ejército en marcha, y los muchachos iban a lanzar salivazos al Arca, y soplando con su trompa imitaban al clarín. Al cuarto toque, desafiando a los hijos de Aarón, las mujeres se sentaban en las musgosas almohadillas, y mientras hilaban el copo de lana, se burlaban de los hebreos y les arrojaban piedras. Al quinto toque llegaron a aquellas murallas los ciegos y los cojos y silbaron a los clarines, cuyo eco resonaba en el espacio. Al sexto toque, a la torre de granito, tan alta que en su cima las águilas hacían nido y tan dura que en ellas no podía hacer mella

el rayo, subió el rey, y mofándose, exclamó: —«Los hebreos son excelentes músicos.» Y en torno del rey chancero se burlaban los ancianos que por la noche tomaban asiento en el templo y deliberaban.

Al séptimo toque... las murallas fueron demolidas.

Jersey, 19 de marzo de 1853.

II

EL RETROCESO

I

Yo me decía: Estos soldados están cabizbajos y él sin duda procurará evitarlo: el pueblo ama el combate, y cuando oye toques bélicos, Francia canta y aplaude. La guerra es una púrpura que encubre bien al asesinato; su lema es: *quos ego!* Quizás algún día veamos salir por escotillón un Marenango de su crimen. Necesita cubrir de gloria a los que llenó de vergüenza y terror. Necesita que, volviendo vencedor, desfilen los soldados ante su pretorio, procurando ocultar a la historia su argolla y ajustar su banquillo de